

Jorge
Díaz



Topografía de
un desnudo



LIBROS DEL CIUDADANO

TOPOGRAFIA DE UN DESNUDO

Jorge Díaz

Un gran principio de violencia regía nuestras costumbres.

SAINT JOHN PERSE

Personajes

El Topógrafo
El Meteorólogo
El Notario
El Rufo
Abel
El Juanelo
San Lucas
La Teo
La Monja
Clemente
Comandante Blanco
El Gobernador
El Cura Pobres

Primer Acto

(Al entrar el público a la sala encontrará las cortinas descorridas. El escenario desnudo de toda decoración. Al fondo, una inmensa pantalla de proyecciones blanca —esta pantalla debe ocupar todo el fondo a manera de una panorámica—, cinco o seis sillas y una escalera de tijeras en cualquier parte como olvidadas después de un ensayo. Se empieza a escuchar el sonido del río turbulento. Una luz fría de amanecida empieza a aclarar imperceptiblemente el escenario vacío. Ahora se advierte que en el medio del escenario hay un hombre caído boca abajo en una posición grotesca, como un muñeco desarticulado. Entran tres hombres vestidos de negro. Son los funcionarios. Llevan paraguas. En sus gestos y palabras se advierte una deshumanizada rutina. El Notario y El Meteorólogo se quedan parados al lado del cuerpo caído. El Topógrafo cruza el escenario mirando a su alrededor).

El Topógrafo: Sin duda es aquí. Es el único cuerpo que parece tener una posición sospechosa.

El Meteorólogo: Desde luego que es aquí. No perdamos más tiempo.

El Notario: *(Sacando una libreta y anotando)* Doy fe de que a las seis de la mañana del doce de julio de 1961, cuando Cáncer agoniza en el Zodíaco y Leo abre ya sus fauces hacia los fríos de agosto, hemos comprobado, medido y analizado los hechos, los siguientes funcionarios municipales: ¡El Notario de turno! *(Levanta una mano como prestando un solemne juramento.)*

El Meteorólogo: *(Levantando también la mano en forma distraída mientras mira el cielo y aspira el aire con fruición)* ¡El Meteorólogo adjunto...!

El Topógrafo: *(Desde el otro extremo y yendo a reunirse con los otros)* ¡El Topógrafo Anatomopatólogo!

(Ninguno de los tres ha mirado todavía el cadáver con mucha atención. El Notario sigue escribiendo en silencio. El Meteorólogo saca ahora un pañuelo y estornuda casi con fruición.)

El Meteorólogo: El aire es fresco y huele a genciana y tomillo verde. En alguna parte alguien quema ramas secas de pino. Señales todas de inestabilidad. Olores nuevos que indican cambios... trastornos atmosféricos.

El Topógrafo: *(Poniéndose unos anteojos muy gruesos)* El lugar es indescriptible. Un fértil oasis de basura, el último resumidero de la gran ciudad. Yo diría que el aspecto de esta tierra de nadie sugiere... sugiere...

El Meteorólogo: Una gran fosa común.

El Topógrafo: Gracias.

El Notario: Ahora cumplan con su deber. Presientan la realidad. Auscultan los hechos. ¡Quiero testimonios responsables, fidedignos!

(El Meteorólogo mide con grandes pasos desde el cuerpo caído hasta el fondo del escenario. El Topógrafo, con un trozo de tiza, raya en el suelo el contorno del cuerpo.)

El Meteorólogo: El cuerpo –porque debo recordarle que hay un cuerpo que está a tres metros de la orilla. *(Después de agacharse un momento, se vuelve hacia los otros.)* Las uñas rasguñaron el suelo dejando unos curiosos paralelos. No ha llovido, sin embargo el río arrastra gallinas sorprendidas y las flores primeras del almendro.

El Topógrafo: *(Que ha terminado de rayar el contorno del cuerpo)* ¿No es completamente absurdo? Caído sin lógica ni sentido. Las viejas articulaciones de su cuerpo no expresan nada, sino contradicción. *(Vacando los bolsillos del cadáver)* Anote: una cáscara vacía de nuez, dos botones diferentes –uno de

plástico y otro de hueso—, un trozo de hielo, algunas migas secas, unas cuantas colillas mojadas y una cuchara.

El Meteorólogo: Sin contar los parásitos vivos.

El Topógrafo: Y los parásitos muertos.

El Notario: ¿Documentos, fotografías?

El Topógrafo: Nada. Además está irreconocible.

El Notario: ¿No lleva armas?

El Topógrafo: ¿Armas...? No sé. Tal vez la cuchara le servía para defenderse.

El Notario: (*Anota*) ¿Encontró algo a su alrededor?

El Topógrafo: Lo mismo que hay en sus bolsillos: basura. No sé por qué se preocupó de guardar algo que se encuentra por aquí en cantidades fantásticas: cáscaras, papeles, desperdicios...

El Notario: (*Escribiendo y completando la idea*)... que despiden un fuerte olor que las corrientes de aire no logran disipar.

El Meteorólogo: (*Interrumpiendo desde el fondo*) ¡Un momento! Como meteorólogo, las corrientes de aire son mi especialidad. (*Olfateando.*) El viento del sudeste trae distintos olores misteriosos de sangre fresca, de animal sacrificado y perejil silvestre. Va a llover y el río crecerá más todavía.

El Topógrafo: Vámonos. (*Se levanta la solapa con un escalofrío.*)

El Notario: Un momento... ¿Está herido?

El Topógrafo: Tiene los ojos abiertos pero enteramente cubiertos de limo verde. Una última burbuja entreabre la arena que le llena la boca. No sangra ni huele mal. Sólo está incómodo y desarticulado.

(*Uno por uno los tres funcionarios miran al cielo. Está empezando a llover. Los tres abren sus paraguas.*)

El Meteorólogo: Durará un buen rato.

El Notario: ¿Tiene alguna otra observación que hacer?

El Meteorólogo: (*De espaldas, mirando al río que se supone cruza por el fondo del escenario*) Sí. En la orilla del río hay un perro muerto.

(*Los otros dos funcionarios se vuelven hacia el que está al fondo.*)

El Notario: ¿Qué dice...?

(*El Meteorólogo se vuelve hacia el público, mientras los otros dos lo miran de espaldas al público.*)

El Meteorólogo: Un perro patilargo, cabezón y sarnoso. Está muerto.

El Notario: No me extraña. Recuerde que esto es un basural. No perdamos más tiempo. ¡Firmen el acta y vámonos!

El Topógrafo: ¿Y el cadáver?

El Notario: Los del Depósito estarán aquí dentro de un momento.

(El Meteorólogo y El Topógrafo firman el informe. Los tres Notarios salen apresuradamente con sus paraguas abiertos. La luz general fría de amanecida decrece y se combina ahora con un foco en resistencia sin filtros de color que se concentra sobre el cuerpo tirado. Se empieza a escuchar el tema de Rufo. Empieza a moverse lentamente. Se sienta en el suelo. Mira a su alrededor con cierta extrañeza y sin patetismos. Ve junto a él las colillas mojadas. Coge una y con dificultad logra encenderla. Después de varias chupadas, y todavía sentado, habla directamente al público. Su aspecto no es risible ni tampoco extremadamente patético. La voz no le tiembla y habla directamente y con sencillez. En ningún momento debe dar la menor impresión de lástima de sí mismo ni menos aún ser el arquetipo de un pobre. Se enfrenta a los hechos con cierta aceptada fatalidad, pero nunca se queja.)

Rufo: Me llaman "el Rufo" como podrían haberme llamado "el Conde" o "el Piojo" o cualquier cosa... y hacen bien, porque si tuve nombre alguna vez, se lo llevó alguna ventolera fría del sur durmiendo a la escampada. Estoy muerto desde ayer después de la medianoche, aunque no me acuerdo la hora... Y no es que a mí se me olviden las cosas, pero lo de anoche, quiero decir de mi muerte, es bien poco lo que me acuerdo. *(Se ha puesto dificultosamente de pie encima del dibujo con tiza de su propio cuerpo. En el suelo todavía están los objetos que los funcionarios encontraron en sus bolsillos. Los vuelve a guardar en sus bolsillos. Mira el dibujo en el suelo.)* Sí, éste es el lugar. Con el tiempo pondrán aquí una animita, pero por ahora, solo está señalado mi cuerpo con tiza. Mucho ruido para tan poca cosa. Mucho cuento para gente como yo, sin nombre y sin historia. ¿Acaso alguien nota cuando se cierra una ventana o se apaga un rescoldo...? Yo no tengo memoria. La memoria la tienen los vivos, los otros... los que hablarán más que yo.

(Desaparece el tema del Rufo. La luz se ha cambiado. Toda la zona de actuación en el centro del escenario y el primer plano reciben una luz cruda, sin filtros. Alrededor de esta zona queda un espacio neutro que, sin estar a oscuras, se mantiene en una discreta penumbra. En esta zona se ubicarán los actores que no están actuando en el momento y solo presencian la acción. Sus siluetas se recortarán contra la panorámica. En cambio, los actores que dialogan reciben una luz pareja y cruda. Han empezado a entrar los actores. Se sientan en las sillas o en el suelo

formando un semicírculo alrededor de la zona iluminada, pero manteniéndose en penumbra. Salvo raras excepciones, solo cuando el actor cruza de la zona neutra a la iluminada se transforma en el personaje. El resto del tiempo se convierten en una especie de actores/ testigos, de coro inmóvil que actúa por presencia en la penumbra. A medida que van entrando, El Rufo los presenta. Sólo conoce a algunos de ellos. Entra también un cura viejo que se sienta o se acomoda igual que el resto de los actores.)

Rufo: Ése es "El Juanelo". Vive en el basural, por donde cae. Dicen que es ladrón. Yo creo que es un poco mañoso, pero tan desgraciado como cualquiera. El otro debe ser un periodista porque hace preguntas difíciles y él mismo las contesta. El Cabo ese se llama San Lucas. Yo digo que tiene nombre de santo y entraña de condenado. Ésa es "La Teo". Vive conmigo... bueno, claro, ahora vivirá sola, por lo menos por un tiempo. ¿Qué puedo decir de ella...? Sabe bien parir y eso es mucho en la gente pobre. A ese otro caballero no lo he visto nunca. La morena chascona es "La Isabel". Le dicen "La Monja". Corretea por los hoteles y anda siempre con el ojo alerta para despistar a la policía. Los otros señores no sé quiénes son. Supongo que irán apareciendo y desapareciendo; presentándose ellos mismos y también mintiendo un poco. Cuando uno está muerto se le mezcla todo, y ya no se sabe si las cosas pasaron, están pasando o van a pasar. Y no tengo la culpa. No era fácil estar vivo, pero ahora tampoco es fácil mirar hacia atrás y querer saber la verdad.

Abel: *(Hablando desde la penumbra)* ¿La verdad de qué?

Rufo: *(Desconcertado y volviéndose)* Bueno... la verdad sobre uno mismo, digo yo, o sobre lo que pasa cada día...

Abel: *(Apareciendo en la luz)* Palabras huecas. Usted está hablando como un político y no como un mendigo. ¿Quién sabe mejor que un periodista lo que pasa cada día? Eso que la gente ignorante como usted llama "la verdad", se divide en dos clases: la que tiene impacto periodístico y la que no lo tiene. Y lo siento, amigo, pero su muerte o como quiera llamarla no tiene ningún atractivo como noticia. Es un asunto trivial, sin garra. *(Hablandole al público.)* Perdón, me llamo Abelardo Linares. Firmo mis reportajes simplemente como Abel –aunque no faltan los que creen que debería firmar "Caín"–. *(Al Rufo.)* En fin, debo terminar cuanto antes con este asunto. Tengo mucho que hacer. En realidad, todavía no se por qué

me llamaron. Para mí su historia terminó cuando escribí las tres líneas de la "crónica de sucesos". Por lo demás, debido al exceso de material es probable que a última hora tampoco salgan las tres líneas. Todos los días suceden cosas así. Esta noche han quedado fuera de la edición tres cables de guerra y un homicidio frustrado.

Rufo: Sí, comprendo. Por mí puede usted irse cuando quiera. Yo también quisiera saber qué estoy haciendo aquí. Supongo que habrá que esperar. Eso lo hago yo muy bien. Esperé toda mi vida. (*Al público.*) Ustedes tal vez no lo saben todavía, pero morir no duele, solo desconcierta un poco.

Abel: Sobre eso, quizás usted sabe menos que nosotros. Le leeré la copia del informe médico-legal que mandaron desde el Depósito de la Morgue. Le puede interesar.

(Se proyecta una radiografía del cadáver. El Rufo se ha retirado a un segundo plano. El periodista, con unos papeles en la mano, está muy iluminado.)

Abel: (*Leyendo*) "Fecha de la autopsia: 13 de julio de 1961. Hora: 13:15 P.M. Causa de la muerte: asfixia por inmersión. Su cuerpo no presenta hematomas ni equimosis. Tampoco herida alguna causada por golpes o violencia física. La corriente del río lo arrastró por el lecho pedregoso desfigurándole la cara. Estado de las vísceras: pulmón, hígado y riñones afectados por desnutrición crónica y alcoholismo avanzado. Aunque no hay mayores pruebas, es posible que se drogara..."

Rufo: (*Desde la penumbra y con voz contenida*) ¡No!

Abel: (*Continuando con la lectura*) "...es casi seguro que de no terminar en la forma en que terminó, hubiera fallecido muy pronto de muerte natural a consecuencia del mal estado general de su organismo".

Rufo: (*Casi para sí*) "Morir de muerte natural..." Suena tan bien, casi tranquilizador...

Abel: (*Al público*) Como ven, es un problema que compete más bien al Departamento de Prevención de la Salud o alguna institución semejante. A uno mismo le puede pasar que esté alimentando en este momento un cáncer que lo matará en tres años más. Resultaría interesante escribir una crónica sobre este tema, ¿verdad? Un poco morboso, quizás, pero eso

siempre gusta. Es el caso de este infeliz, ¿cómo se llamaba...? Es curioso cómo los nombres de esta clase de gente se olvidan inmediatamente. Sin embargo, fue lo primero que pregunté esta mañana al mendigo que encontró el cadáver. (*Dirigiéndose al Juanelo, que espera en la penumbra con los demás actores.*) ¡Eh, tú... sí, tú...! ¿Cómo se llamaba?

(El Juanelo se ha sobresaltado, y de mala gana entra en la zona iluminada. Es un pobre harapiento, receloso y escurridizo. Edad indefinida. El diálogo siguiente se actuará tal como sucedieron los hechos que está recordando el periodista, como si el cadáver aún estuviera entre ellos. Hace frío. El periodista se frota las manos. El Juanelo está encogido. El Rufo ha retrocedido. El Cura viejo, después de cabecear un poco, se ha quedado dormido.)

Juanelo: ¿Qué?

Abel: ¿Cómo se llamaba?

Juanelo: ¿Quién?

Abel: El muerto.

Juanelo: (*Contestando de mala gana*): El Rufo.

Abel: Dije el nombre, no el apodo.

Juanelo: No lo sé.

Abel: ¿Y el tuyo, lo sabes?

Juanelo: (*Hosco*) "El Juanelo".

Abel: Tú lo encontraste, ¿no?

Juanelo: Sí.

Abel: ¿Lo tuviste que sacar del río?

Juanelo: (*Estremecido*) ¡No lo toqué!

Abel: Si sabías su nombre, lo conocías. ¿Eras amigo suyo?

Juanelo: No.

Abel: ¿Qué más sabes de él?

Juanelo: Nada.

Abel: ¿No hablaba nunca contigo?

Juanelo: Casi nunca.

Abel: Pero alguna vez lo hacía...

Juanelo: Alguna vez.

Abel: ¿Qué hacía?

Juanelo: Yo no le entendía. Hablaba de cosas que leía por ahí, en libros, papeles viejos... Ideas raras, yo qué sé.

Abel: ¿Cuándo hablaba de eso?
Juanelo: Cuando estaba de humor y tenía alguien cerca.
Abel: ¿A ti, por ejemplo?
Juanelo: De vez en cuando, a las perdidas, yo le cortaba el pelo. Mientras tanto, él hablaba.
Abel: ¿Por qué le cortabas el pelo?
Juanelo: Hay que ayudarse.
Abel: ¿Hace mucho que vivía por aquí?
Juanelo: Años.
Abel: ¿Cuántos?
Juanelo: No lo sé. Yo no los cuento.

(Abel saca una cajetilla de cigarrillos y le ofrece a Juanelo con un gesto. Juanelo, desconfiado, saca uno y lo guarda. El periodista enciende el suyo protegiéndose del viento frío con el abrigo.)

Abel: *(Después de la primera bocanada de humo)* ¿Cómo se llama esta parte de la ciudad? No había llegado nunca hasta aquí.

Juanelo: San Lázaro.

Abel: *(Mirando a su alrededor)* ¿Y qué hay por aquí?

Juanelo: Basura.

Abel: *(Señalando el cadáver con el pie)* ¿Qué le habrá pasado al viejo? ¿Qué te parece a ti?

Juanelo: *(Que trata de no mirar el cadáver)* ¡Qué sé yo...! No aguantó más y reventó.

Abel: ¿Qué quieres decir?

(El Juanelo se encoge de hombros y le da vuelta la espalda dispuesto a irse. Da unos pasos, pero lo detiene una voz desde la penumbra. Es el Cabo San Lucas.)

San Lucas: *(Sin salir todavía de la penumbra y con una voz dura)* ¡Tú, Juanelo, no te vayas todavía! Luego tengo que hacerte unas preguntas. Ahora voy a dispersar a los curiosos. *(Abuyentando a los invisibles curiosos hacia bambalinas.)* ¡No ha pasado nada...! Ya está bien. Ahora a sus casas... Un accidente, eso es todo. *(Duro)* ¡Córranse de una vez, carajos...! Parecen una bandada de jotes peleándose la carroña. *(El Cabo San Lucas sale dispersando a los curiosos)*

Abel: *(Insistiendo con El Juanelo)* Dijiste que no aguantó más... ¿Quieres decir que se suicidó? *(El Juanelo se encoge de hombros sin responder nada. Observador e incisivo.)* Es raro que lo haya hecho y luego se haya arrastrado hasta aquí,

¿no te parece? Mira las huellas de sus dedos en la arena. Tiene las uñas rotas. Claro que pudo cambiar de idea cuando la corriente del río lo revolcó un poco. (*Abel se agacha junto a la figura rayada con tiza como si mirara el rostro del muerto de cerca y luego advierte que El Juanelo mira hacia otro lado.*) Es curioso. Me gustaría saber una cosa, Juanelo.

Juanelo: (*De mala gana*) ¿Qué...?

Abel: ¿Por qué has evitado todo el tiempo mirar el cadáver?

(*El Juanelo se detiene en seco. En forma desafiante se vuelve y mira directamente al supuesto cadáver. En ese mismo instante se proyecta por primera vez la gigantesca imagen del cadáver del Rufo en toda su cruda realidad. Un momento inmóviles*)

Abel: No te gusta mirarlo, ¿no? Sin embargo, tú fuiste el primero que lo vio.

¿Ya estaba muerto...?

(*El Juanelo enciende nerviosamente el cigarrillo que antes se había guardado.*)

Juanelo: Bien muerto.

Abel: ¿Cómo lo supiste?

Juanelo: (*De mala gana*) No se movía. La boca la tenía llena de arena.

Abel: ¿No trataste de ayudarlo, de darle vueltas?

Juanelo: (*Inseguro*) No. No me atreví.

Abel: ¿Por qué?

Juanelo: Tenía los ojos abiertos.

Abel: ¿Abiertos?

Juanelo: Terriblemente fijos.

Abel: ¿Te dio miedo?

Juanelo: Le seguía saliendo barro por la boca.

Abel: ¿Y qué hiciste?

Juanelo: Fui a avisar al Cabo.

Abel: (*Dando vueltas alrededor del cadáver y acercándose al Juanelo*) Juanelo, ¿qué haces...? Quiero decir, ¿tienes algún trabajo?

Juanelo: No.

Abel: ¿Y cómo te las arreglas?

Juanelo: No me las arreglo. Paso hambre.

Abel: Juanelo, ¿el Rufo era más pobre que tú?

Juanelo: Entre pobres es difícil hacer diferencias. Él vivía con una mujer. Eso siempre ayuda.

Abel: O sea que no lo pasaba tan mal como lo pasas tú.

Juanelo: El Rufo no era como nosotros. Sabía leer.

Abel: ¿Tenía educación?

Juanelo: Eso creo yo.

Abel: Pero recogía basura.

Juanelo: A veces, pero no era del oficio.

Abel: ¿Y qué hacía para ir tirando?

Juanelo: (*Ambiguo*) Cuando quería no le faltaba nada.
(*Abel fuma en silencio mirando el lugar donde se supone que está el cadáver*)

Abel: ¿Te has fijado, Juanelo, que El Rufo no lleva cordones en los zapatos ni tampoco cinturón...? El pantalón resbala por sus huesos. En sus bolsillos no encontraron nada. Ni papeles escritos, ni un trozo de periódico. Nada. (*El Cabo San Lucas aparece en la zona iluminada de actuación. Mientras dialoga con el periodista, El Juanelo estará en un rincón inmóvil e inexpresivo, observando todo.*)

San Lucas: (*A Abel, de malhumor*) Usted, mi amigo, es como las hienas; pura sonrisa, pero huele lo podrido a un kilómetro.

Abel: (*Burlón*) ¡Pero si usted no huele mal, mi Cabo!

San Lucas: ¿Terminó de olfatear por los rincones?

Abel: No sé si será el frío, mi Cabo, pero esta mañana no huelo nada.

San Lucas: Usted no me gusta, Linares. Voy a mantenerlo a distancia. Siempre termina por enredar las cosas.

Abel: (*Ingenuo*) ¿Qué cosas se pueden enredar hoy, mi Cabo?

San Lucas: Usted sabe lo que quiero decir. Bueno, será mejor que termine con el asunto de una vez. (*Entregándole un papel*) Esta es una copia del parte policial que se ha redactado. Léalo. Le contestará todas sus preguntas.

Abel: Yo nunca hago preguntas, mi Cabo. Solo a veces, cuando puedo, observo. (*Leyendo el parte en voz alta.*) "Un hombre de aproximadamente cincuenta años, cesante, sin nombre conocido ni domicilio fijo, al que llaman El Rufo, fue encontrado ahogado al amanecer de hoy en la parte del río que cruza el basural de San Lázaro. Se trata de un accidente. Fue

visto muchas veces completamente borracho rondando el puente de San Lázaro. Había sido detenido ya muchas veces por desacato a la autoridad y malas costumbres. Era un sujeto pendenciero y subversivo..." Creo que ya no quedan preguntas por hacer, mi Cabo. *(Abel sonríe pero no se mueve.)*

San Lucas: ¡Váyase, Linares...! Juanelo, anda a firmar el parte. Tú fuiste el que encontró el cadáver. *(El cabo San Lucas se vuelve para irse.)*

Abel: *(Deteniendo al cabo)* Cabo San Lucas esto no es una pregunta. Usted, por supuesto, se habrá fijado que el muerto no lleva cordones en los zapatos, como tampoco cinturón. Es curioso que tenga los bolsillos vacíos, ¿verdad...? Si uno no hubiera leído el parte policial firmado por usted que afortunadamente aclara todas las dudas pensaría que este había sido detenido e interrogado por la policía. A veces esos detalles solo sirven para confundir, ¿verdad...? El parte lo aclara todo, gracias a Dios. ¡Hasta pronto, mi Cabo!

(El Cabo que lo ha escuchado con una expresión inescrutable en el rostro, le da la espalda y sale de la zona iluminada seguido por El Juanelo. El periodista se ha quedado mirando pensativamente el dibujo del cadáver en el suelo. El Rufo se adelanta y mira a su alrededor como buscando algo.)

Abel: ¿Ha escuchado?

Rufo: Sí.

Abel: ¿Y qué me dice?

Rufo: Nada. No me pida que yo le encuentre una palabra que lo aclare todo. ¿Sabe, amigo...? Nunca se encuentran esas palabras. Además, yo siempre fui mentiroso, un cuentero. Ya le dirán que había que desconfiar de mí, que convencía a la gente, para luego traicionarla.

Abel: Lo que me han dicho es que usted no era un ignorante, que sabía arreglárselas cuando quería, que leía.

Rufo: ¿Leer...? ¡Bah, solo lo que bota la gente! Papeles, diarios viejos. Lo que hacía más bien era tratar de pensar un poco.

(Se proyecta la imagen del cadáver de un perro, que ocupa todo el fondo del escenario. El Rufo se separa un poco de Abel y con cierta inquietud mira a su alrededor. Sigue el ruido y la presencia del río.)

Abel: ¿A quién busca?

Rufo: A nadie.

Abel: Parece inquieto.

Rufo: Es que de repente me acordé del Canela.

Abel: *(interesado)* ¿Se acordó de qué...?

Rufo: Del Canela.

Abel: ¿Quién es?

Rufo: Mi perro.

Abel: Bah, creí que me podría aclarar algo. Después de todo usted es la víctima y uno tiene derecho a esperar algo más... ¡pero un perro!

(Abel sale de la zona de actuación y se sienta en la penumbra. El Rufo, de espaldas al público, sigue buscando y lanzando silbidos de llamada al perro. De pronto, ve al perro muerto en el mismo punto en que lo había visto el funcionario.)

Rufo: *(Muy impresionado)* ¡Canela! *(Agachándose junto al imaginario perro. Emocionado.)* ¡Canela...! ¿Qué te hicieron? *(El Rufo se pone en pie lentamente, se vuelve hacia el público y dice.)* Está muerto, baleado.

(Cesa el ruido del río. Inmediatamente se escucha la risa del Meteorólogo que está en la penumbra. Entra riéndose seguido del Notario y del Topógrafo que no ríen en absoluto.)

El Topógrafo: Todo esto es un poco grotesco, pero yo en su lugar no me reiría.

El Notario: Sobre todo en estas circunstancias.

El Meteorólogo: *(Abogando su risa ante la fría dignidad de los otros)* Crían y paren tantos hijos como perros. Me reía porque imaginé por un momento al perro rodeado de las velas y los deudos.

El Topógrafo: Hay que reconocer que antes la gente se moría con más dignidad. Ahora no.

El Notario: Ahora no se le da a nadie la oportunidad de elegir una muerte decente. Solo esperamos la uña que nos reviente como a piojos.

El Meteorólogo: Somos cada vez más hombres y perros. Es natural.

El Topógrafo: La tierra se achica. Es un problema geológico.

El Notario: O demográfico.

El Topógrafo: No sé qué pensar, pero desde anoche, hombres y animales tienen una tensión inquietante.

El Meteorólogo: Por mi parte, yo puedo presentir los cambios atmosféricos. Soy tan sensible como una veleta. *(Estornuda con fruición.)*

El Notario: ¿Y qué siente?

El Meteorólogo: Un pesado olor a polvo y tabaco, un vago espanto flotando en el aire.

El Topógrafo: Yo debo dejar constancia de que he recorrido cada hoyo, cada protuberancia de basura, haciendo preguntas. No era mi obligación sin embargo.

El Notario: *(Al público)* No es nuestra obligación estar aquí. Espero que eso quede bien claro.

El Topógrafo: Interrogué a la gente solo por curiosidad, pero no saben nada. Cuando uno llega, retroceden. ¡Sucia resaca!

El Meteorólogo: *(Señalando al imaginario cadáver)* No lo querían.

El Notario: ¿A quién?

El Meteorólogo: Al Rufo.

El Topógrafo: O si lo querían, lo han olvidado.

El Meteorólogo: El río sigue creciendo. No es la estación todavía.

El Topógrafo: Antes, este basural estaba lleno de gente. Tenía una extraña vida propia, como un pingajo cubierto de moscas. Hoy no se ve a nadie.

El Meteorólogo: *(Oteando en el aire)* ¡Pero escuchando con cuidado algo se oye! El viento del sudeste trae voces...

El Notario: ¿Voces?

El Meteorólogo: ...que hablan del Rufo, ese mal hombre que tuvo mala suerte: alcohólico perdido, esperando siempre la ocasión para engañar a alguien.

El Topógrafo:: Si uno escarba un poco entre los desperdicios es fácil darse cuenta: el basural está empezando a tener miedo.

El Notario: ¿Y el perro, amigos...? Tenía un perro que se llamaba Canela.

El Meteorólogo: Naturalmente, estaría rabioso.

El Notario: Sí, como todos ellos.

El Topógrafo: Bueno, señores, lo del perro Canela es otra historia. Que en paz descanse.

(Los tres funcionarios salen de la zona iluminada. Ahora se proyecta una breve secuencia filmica. Es una sola toma larga con la cámara fija. Se trata de la toma panorámica de un enorme y solitario vertedero de basura. En este ámbito, casi irreal, una mujer escarba entre la basura. Se ve pequeña y lejana. Se mueve lentamente. Es la única figura humana del basural. Aún proyectándose la filmación, se adelanta desde la oscuridad la Teo, la mujer del Rufo. En su cuerpo aparecen retazos de la proyección. Es una mujer endurecida por los sufrimientos, agresiva, pero no se queja jamás, sólo que a veces se rebela. Cuando empieza a hablar se corta la proyección.)

Teo: *(Al público)* No me gusta hablar. Todos me conocen. A la Teo no le gusta andar con rodeos y explicaciones. Vivía con el Rufo. Lo encontraron muerto ayer en el río. Eso es lo único que le faltaba hacerme. Siempre me falló. ¡Y ahora, esto! Viejo borracho y sucio. No podía terminar de otra manera. Me obligaron a venir para reconocerlo: tenía la cara borrosa y verde, el cuerpo hinchado. Pero era el mismo. *(Se ha quedado pensativa.)* No sé lo que hubiera pensado ayer de todo esto, pero sé lo que pienso hoy: no me importa nada. Lo del Rufo tenía que pasar tarde o temprano. Pero hay algo que revuelve la sangre y es lo del perro. Al Canela no lo mataron como a un perro. Lo mataron como a un hombre. Me dolieron las entrañas. *(Casi con ternura.)* El Canela, saben ustedes, el Canela no era nada extraordinario, pero era un buen perro. ¿Y no es acaso decir bastante...?

Rufo: *(Avanzando)* Teo. *(La mujer permanece inmóvil.)* Teo... *(La mujer no se mueve.)* Balearon al Canela. Seguramente fue después que me ahogué en el río. ¿Por qué, Teo, por qué?

Teo: *(Volviéndose hacia él)* Tú deberías saberlo. Te seguía a todas partes.

Rufo: Pero no lo sé.

Teo: El perro te seguía, pero no era tuyo. Debió quedarse conmigo.

Rufo: Era un perro guacho, sin dueño.

Teo: *(Dura)* Como tú.

Rufo: *(Gritando dolorido)* ¡Cállate, desgraciada! *(Los actores/testigos murmuran en voz baja, señalando a los actores.)* Se escandalizan porque un muerto todavía grita, pero ellos no saben que me habías echado, que ya no vivía contigo.

Teo: Eso no tiene nada que ver.

Rufo: Tener un techo siempre defiende. Yo sabía que era peligroso andar de noche por el basural sin rumbo ni compañía... y tenía miedo.

(El periodista, desde la penumbra.)

Abel: Buenas tardes, señora. Soy periodista, usted sabe. Recién oí que el Rufo ya no vivía aquí, que usted lo había echado.

Teo: *(Seca)* No es cierto.

Abel: Hace días que lo veían dormir botado en el suelo.

Teo: Él pasaba casi todas las noches fuera. Era un borracho perdido. No había necesidad de echarlo. Entraba y salía. Yo no lo eché.

Rufo: No es verdad. A veces me perdía, pero siempre volvía a la cueva. Tenía miedo de quedarme dormido al sereno.

Abel: ¿Por qué?

Rufo: Yo no sé. Estaban pasando cosas...

Abel: ¿Qué quieres decir?

Rufo: No me haga caso.

Abel: (*A Teo*) De manera que usted no sabe nada más.

Teo: No.

Rufo: ¡Sabe! Ella sabe que una noche, hace una semana, llegué tarde a acostarme y me recibió a gritos.

(*Ahora ambos actúan esta escena como viviéndola por primera vez. Ruido del río turbulento. Abel, en la penumbra.*)

Rufo: ¿Qué pasa, Teo...? ¿Por qué están mis cosas botadas en el barro?

Teo: (*Gritando*): Estoy harta. No quiero ni oír hablar de ti. No vuelvas más por aquí.

Rufo: ¡Te aguantas! Yo también quisiera largarme y me aguanto.

Teo: (*Amenazadora*) Ándate, Rufo. Hay muchos por aquí que querrían preguntarte algunas cosas.

Rufo: (*Despreciativo*) Por aquí no hay más que basura.

Teo: (*Encarándose con él*) ¡Contéstame, entonces! ¿Qué negocios tienes con "La Monja"?

Rufo: Estás celosa de una putilla.

Teo: (*Sarcástica*) ¿Celosa de ti...? ¡Pero si ya no sirves ni para calentar tus propios huesos! Sabes que ninguno de los dos estamos ya para calenturas. Y has entendido muy bien lo que te pregunto. Hace mucho que "La Monja" anda en tratos con la policía. Les lleva cuentos. La gente habla... La gente dice que tú recoges los cuentos para ella... ¡que eres un soplón!

Rufo: Todos saben que para que la dejen vivir, una puta tiene que hacerle favores a la policía. Es una buena mujer. Mejor que tú, desde luego.

Teo: (*Gritando*) ¡No me importa que trabaje en la cama! Yo también lo hice. ¡Pero me dan asco los soplones! ¿Sabes que mi hermano desapareció

anoche? ¿Y el hijo de la Manuela y el Peltre y el Lacho, dónde están...?
¡Dime! ¿Dónde están?

Rufo: *(Confundido)* No sé.

Teo: Pregúntaselo a "La Monja". Todos han desaparecido en la noche. ¡No quiero vivir con traidores babosos! ¡Fuera! ¡Fuera, he dicho!

Rufo: Teo, un viejo no debe andar solo. Tú no sabes. Tengo miedo.

Teo: ¡Anda a esconder tu miedo a otra cueva!

(El Rufo camina unos pasos.)

Rufo: ¡Déjame pasar!

Teo: ¡Fuera!

Rufo: Tienes a alguien ahí dentro.

Teo: ¡No!

(La Teo se para desafiante ante El Rufo. El Rufo le da un bofetón que la bota al suelo. El Rufo, al pasar junto a ella y desaparecer de la zona iluminada, le dice.)

Rufo: ¡Zorra!

(La Teo en el suelo se ha quedado inmóvil un momento y luego, con voz sorda y desde el suelo, dice.)

Teo: ¡Rufo! Esta noche no puede ser. *(Como para sí.)* No puede ser... *(De pronto se levanta y llama con un grito enloquecido.)* ¡Rufo! *(Se queda expectante con el rostro demudado y la faz extraviada. Se escuchan unos ladridos y dos disparos. Abel deshace el clima de ese momento. Hablando desde atrás y entrando en el círculo luminoso. Cesa el ruido del río.)*

Abel: De manera que lo echó.

Teo: *(Deshaciendo su expresión anterior y volviendo a su cautelosa indiferencia)* No fue así. Yo le pedí que averiguara algo por ahí. Solo para saber qué es lo que estaba pasando. Él es muy listo y sabe cómo enterarse de todo. Pero seguramente se emborrachó y se cayó como un saco al río.

Abel: Pero... ¿y el perro?

Teo: ¿Qué pasa con el perro?

Abel: El Canela fue muerto a balazos y seguramente iba con él. Me han dicho que nunca lo abandonaba.

Teo: El Canela se encariñó con él porque una vez le curó una pata infectada con ají y sal. Aulló toda la noche y al otro día ya no se separó del Rufo. ¡Pero el Canela era mío, mío...! Como si yo lo hubiera parido. *(Apenas*

contiene su emoción.) Si hubiera sabido que iban a matar al Canela, tal vez hubiera intervenido.

Abel: Entonces esa noche... no estaba sola.

Teo: No.

Abel: Pero el Rufo...

Teo: No era el Rufo.

Abel: ¿Quién era?

Teo: "El Quebracho", ese que cojea. Trae el pescado podrido que botan en el mercado.

Abel: ¿Es amigo suyo?

Teo: Todos son amigos míos.

Abel: ¿Durmió aquí?

Teo: *(Seca)* No.

(La Teo le vuelve las espaldas. Abel le habla entonces al Rufo que está inmóvil a un costado.)

Abel: ¿Qué es esa historia de los desaparecimientos de gente en el basural?

¿Los detiene la policía o qué?

Rufo: *(Inmóvil)* Cuentos.

Abel: Pero la mujer dijo que su propio hermano...

Teo: *(De espaldas)* Solo la noche anterior a la muerte del Rufo desaparecieron más de veinte mendigos que dormían en el suelo, en cuevas o en el descampado. Mi propio hermano era uno de ellos. No se les ha vuelto a ver. Nadie sabe nada. *(Se vuelve hacia el público.)* Yo no eché al Rufo... y si lo eché fue sin pensarlo, cosa del momento. Uno no sabe lo que dice cuando tiene rabia. Cómo iba a imaginarme que... *(Después de una pequeña pausa.)* Escuché los disparos. Ahora sé que le tiraban al Canela. Pero no salí. Tuve miedo. Si hubiera sabido que le disparaban al perro hubiera salido. Fueron dos disparos... pero no me moví.

(Desde la penumbra la voz del Cabo San Lucas.)

San Lucas: Fueron dos disparos. ¿Por qué íbamos a ocultarlo? Tuve que matarlo porque atacó al Comandante Blanco.

Rufo: *(Apretando los puños y hablando en voz baja y lentamente)* ¡Así que fue usted! No podía ser otro... Ahora comprendo.

Abel: ¿Comprende qué...?

Rufo: Nada.

Abel: *(Sarcástico)* ¿Salió de cacería con el Comandante Blanco, mi Cabo? En vez de apuntarle a la liebre mataron al perro.

San Lucas: Se habría ahorrado el trabajo de recoger chismes si hubiera consultado el libro de partes del retén. Allí se ha dejado constancia de la muerte de un perro agresivo y peligroso. No es el primero que se encuentra en esta barriada.

Abel: Tiene razón. Hay cosas que uno debiera hacer antes que nada. ¿En ese libro no se dejó constancia, por casualidad, de la detención o el interrogatorio del Rufo?

San Lucas: *(Ambiguo)* El Rufo era un vago, cliente habitual de las comisarías.

Abel: *(Precisando)* Me refiero concretamente a la noche de ayer, es decir, a la madrugada del día que fue hallado muerto.

San Lucas: Esa noche no pasó por la comisaría.

Rufo: *(Reconcentrado aún en sí mismo)* Pobre perro.

San Lucas: *(Duro)* Si hubiera estado, no me molestaría siquiera en ocultárselo.
(El Rufo se vuelve lentamente cara a cara con el Cabo San Lucas y dice en forma rencorosa.)

Rufo: ¡Estuve allí!
(Un silencio cargado de tensión.)

Abel: ¿Está seguro?

Rufo: Fui detenido. Vaciaron mis bolsillos y me sacaron los cordones y una cuerda con la que me sujetaba el pantalón.

Abel: ¿Por qué no me lo dijo antes?

Rufo: *(Como para sí)* No sabía que él había matado al Canela.

Abel: Ah, de manera que sí estuvo en la comisaría, fue más tarde cuando...

San Lucas: *(Interrumpiendo fríamente)* Es mentira. Por lo demás, supongo que la declaración de un muerto no vale nada. Dice eso por rencor, para vengarse por la muerte de ese perro sarnoso.

Abel: Sí, está trastornado con la muerte de ese perro. Además, no es un sujeto de fiar. Lo acusan de ser un soplón de la policía.

San Lucas: *(Rígido y terminante)* Ese hombre no estuvo en la comisaría. Hay tres carabineros de turno que pueden jurarlo, no lo olvide. Buenas noches, Linares.

(Una voz desde la penumbra. Luego "La Monja" se adelanta. Es una prostituta pobre con algunos restos de cierta belleza agresiva.)

- La Monja: Ese hombre estuvo allí.
- San Lucas: *(Ronco)* ¡Ramera mentirosa!
- La Monja: Sí, lo Soy, ¡pero no estoy ciega todavía! *(Al público.)* Me llamo Isabel, me dicen "La Monja"; más de alguno de ustedes me debe conocer. Todas las noches me paro en la Plaza del Conquistador, cerca de San Lázaro.
- San Lucas: Buen reportaje está haciendo Linares, con putas y ladrones.
- La Monja: *(Con sorna)* Así se escribió el Evangelio... San Lucas.
- San Lucas: *(Con rabia)* ¡Cállate, mierda!
- Abel: ¿Está segura que lo vio?
- La Monja: Es más, hablé con él. Me pescaron en la calle, cerca del Parque y me trajeron aquí. Al entrar lo vi. El Cabo estaba detrás del escritorio. *(El Cabo San Lucas se desplaza y ocupa su imaginario lugar)...* Y el Rufo frente a él. *(El Rufo ocupa ese lugar)* Me entraron a empujones y los vi. *(Todos los personajes reviven la escena y actúan como si estuvieran en la comisaría aquella noche. Entra La Monja empujada por un carabinero. El Cabo San Lucas la ve y se ríe.)*
- San Lucas: *(Burlón)* ¿Otra vez...?
- La Monja: Otra vez.
- San Lucas: ¿Y por qué?
- La Monja: Por trabajar, mientras usted no hace otra cosa que engordar su trasero de funcionario.
- San Lucas: *(Sin molestarse)* Hace días que no venías a vernos. ¿No nos tienes noticias? Tú sabes que nos gusta estar bien informados.
- La Monja: Creí que ya tenían bastante. No soy una alcahueta babosa.
- San Lucas: Si quieres trabajar tranquila, ayuda a la policía. Somos tus mejores amigos, ¿verdad?
- La Monja: Sí.
- San Lucas: El Rufo coopera. Claro que por eso está asustado. *(Se ríe.)*
- Rufo: Enciérreme de un vez. ¡Enciérreme por favor!
- San Lucas: No. Voy a hacer una cosa mucho mejor. Te voy a soltar. *(Llama a gritos)* ¡Cabo de Guardia! *(Sale un momento. La Monja se acerca al Rufo y le habla rápidamente y en voz baja.)*

La Monja: Ándate lejos, Rufo... si todavía puedes. Se prepara algo que no sé muy bien lo que es. El Clemente, el dueño del basural, ha resuelto limpiar de vagos la zona.

Rufo: El Clemente ni siquiera conoce el basural. Le da asco.

La Monja: Sí, pero esta vez la cosa va en serio. Ha hablado con el Comandante Blanco.

Rufo: ¡Tú estás loca! ¡Qué le puede importar a un viejo como yo las conversaciones de esos peces gordos!

La Monja: *(Con urgencia)* ¡Ándate, Rufo, ahora mismo y avísale a los otros!

Rufo: Me odian.

La Monja: ¿No te das cuenta que la policía te usa como carnada? Preparan algo grande. Todo está resuelto. ¡Vete ahora mismo!

Rufo: No tengo dónde ir.

La Monja: En cualquier parte estarás seguro, menos en San Lorenzo. El Clemente va a limpiar el basural.

Rufo: ¡El muy cabrón!

(Se adelanta desde la penumbra un caballero respetable, gordito, de pelo blanco y de ademanes afables, encantadores y convincentes. Es El Clemente. Rebosa buena voluntad.)

Clemente: *(Al público)* Sí, he decidido terminar con ese basural. Es casi un problema de conciencia. ¿Ha visto alguno de ustedes cómo viven esos infelices? En el más completo abandono, en la promiscuidad más absoluta, créanmelo. La verdad es que yo no he estado allí, a pesar de que los terrenos me pertenecen, pero han llegado hasta mí descripciones pavorosas. Perdón, amigos míos, me llamo Clemente Serrano. He mantenido esos terrenos periféricos, esperando, naturalmente, que se valoricen un poco; pero ya era hora de pensar en esos pobres que viven tan miserablemente y sacarlos de allí. Además, existe el problema de las poblaciones vecinas. Es un motivo constante de protestas y reclamos. Ustedes saben, cuando se es dueño de un periódico importante, como lo soy yo, hay que escuchar la voz de todo el mundo. He tenido que acceder finalmente a lo que me solicitaban. Uno, mal que mal, está al servicio de la comunidad en que vive. Así se lo quise hacer comprender a uno de mis empleados, un periodista un poco corrompido que firma sus reportajes como Abel.

(*Ahora se reconstruye otra escena que pudo ya ocurrir o que ocurrirá. Se supone que transcurre en la oficina del director y propietario del periódico detrás de la mesita y dirigiéndose a un secretario invisible.*)

Clemente: ¡Dígale a Abel que pase!

(*Abel se adelanta.*)

Abel: ¿Me mandó llamar, don Clemente?

Clemente: Sí, siéntese por favor. (*Abel se sienta*) Estimado amigo, es solo para pedirle un pequeño favor personal.

Abel: Usted dirá, don Clemente.

Clemente: He sabido que ha estado haciendo algunas averiguaciones personales sobre el desdichado asunto de la muerte del mendigo ése... ¿cómo se llamaba?

Abel: "El Rufo", señor.

Clemente: Eso es, Rufo. Bueno, querido amigo, comparto su curiosidad y su deseo de aclarar las cosas, pero creo que es preferible no llegar más lejos y dar el asunto por terminado.

Abel: Quiere decir, si no entiendo mal, que debo dejar de informar sobre el asunto del Rufo en mi columna, ¿no es eso?

Clemente: Sí. No entiendo que esté insistiendo en una cosa así. Usted con todo el instinto periodístico que tiene, se habrá dado cuenta de que esta historia no merece la pena, es demasiado vulgar y un poco sórdida.

Abel: Todavía no he podido saber si solo se trata de un asunto sórdido y vulgar.

Clemente: (*Muy amable*) Confío que su buen gusto y su seriedad profesional le harán desistir de toda intervención personal, al margen incluso de sus actividades periodísticas.

Abel: Ese asunto me interesa.

Clemente: No quisiera verme privado de sus servicios profesionales en mi diario. Me ocasionaría un gran perjuicio.

Abel: Creo entender perfectamente, don Clemente.

Clemente: Me alegro, Abel. Después de todo, usted tiene una carrera y un prestigio. Sería una pena que le cerraran las puertas en todas partes.

Abel: (*Con leve ironía*) Sí, sería penoso. Le tengo que agradecer que se preocupe así de mi porvenir.

Clemente: No es nada, mi amigo. Solo le hago conocer los riesgos que corre dejándose llevar por su imaginación. La información sensacionalista me asquea, usted lo sabe. Sus crónicas a veces son morbosas.

Abel: Quizás tenga razón. A veces pierdo el sentido de las proporciones.

Clemente: Gracias, Linares. Lleve este editorial a la redacción.

Abel: Sí. *(Abel inicia el mutis y luego se vuelve)* Ah, si me permite agregar algo, le diré una cosa: todo el asunto del Rufo dejó ya de ser una crónica morbosas. Es un hecho. Un hecho comprobado.

Clemente: ¿Que es un hecho?

Abel: El Rufo fue asesinado. Balearon a su perro por defenderlo, pero fue asesinado de todas maneras. Antes de tirarlo al río le amarraron las manos con la misma cuerda con que sujetaba sus pantalones.

(El ruido del río turbulento. Ladridos. Dos disparos. Silencio. En la pantalla de proyecciones se muestra una secuencia filmada. En los altibajos del basural El Rufo camina lentamente. Lo sigue un perro cojo. Ambos se recortan contra un cielo claro. Son las únicas figuras humanas, empequeñecidas, pero no aplastadas. El Rufo mira al cielo, pero no se detiene. La proyección se va difuminando lentamente —o desenfocando—. El Rufo, que ha estado en un costado del escenario, un poco arrinconado, recibe ahora una luz cenital cruda. Al apagarse el proyector El Rufo empieza a hablar como reconcentrado en sí mismo. No se mueve ni hace un gesto. El ruido del río sigue oyéndose. De nuevo el tema musical del Rufo.)

Rufo: *(Como para sí)* No me importa saberlo. Ya es demasiado tarde para intentar algo. Aprender a odiar después de morir parece una tontería. Uno se desgasta como una piedra de río. Con la vida va perdiendo las aristas duras y así se pone a rodar sin hacer ruido ni daño. Es una forma de sobrevivir. *(Un silencio.)* Muchas veces, tendido en medio de la basura, me sentí tontamente feliz mirando subir el humo o escuchando y reconociendo los ruidos de la ciudad. Me sentía casi en mi lugar. *(Un silencio.)* No, no es el momento de empezar a odiar. Es demasiado tarde para eso. Estoy un poco cansado. Al fin podré quedarme definitivamente quieto... La piedra de río dejó de rodar. *(La luz sobre El Rufo se va extinguiendo poco a poco. Cesa el ruido del río y la música. Bruscamente todos los actores/testigos se ponen de pie y se vuelven de espaldas al público, como si miraran algo que ocurre en el río que se supone pasa por el fondo. La secuencia que sigue es*

progresiva y eminentemente rítmica. Acompañan el diálogo unos golpes sordos y lejanos de timbal. Todos hablan de espaldas.)

Actor 1: ¿Qué pasa?
Actor 2: Otro cadáver.
Actor 4: Pero si solo ayer...
Actor 5: ¿Quién es?
Actor 2: ¿Dónde está?
Actor 3: Traen un gancho de hierro.
Actor 4: Lo arrastran del cuello.
Actor 5: ¡Ahora lo suben!
Actor 6: Está boca abajo.
Actor 7: Dicen que es una mujer.
Actor 1: No, no es una mujer.

(Un súbito y violento sollozo de mujer.)

Actor 3: ¡Atrás! ¡Fuera de aquí!
Actor 6: ¿Quién es?
Actor 1: Espera.
Actor 5: Es un animal.
Actor 6: No. Es un hombre.
Actor 4: Está desfigurado.

(Un silbato de policía súbito y penetrante.)

Actor 8: ¡No empujen!
Actor 2: ¡Malditos pacos!
Actor 7: ¡Cállate!
Actor 6: Es uno de ellos.
Actor 5: El muerto. ¿Es uno de ellos?
Actor 1: Lleva uniforme.
Actor 2: Claro, es un paco.
Actor 4: ¡Es el Cabo!
Actor 5: ¿Qué Cabo?
Actor 4: San Lucas.
Actor 8: ¡Pero si esta mañana estaba...!
Actor 1: Ya lo ves.

Actor 2: Está bien muerto.

Actor 7: Ahogado y reventado.

(Una gran carcajada inesperada que se corta bruscamente. Ahora los actores bajan la voz como amedrentados.)

Actor 5: ¿Quién se rió?

Actor 3: ¿Quién fue?

Actor 6: No sé.

Actor 2: No vi nada.

Actor 3: ¡Vagabundos malditos!

Actor 4: Aunque sea el Cabo, no hay por qué reírse.

Actor 8: Después de todo está muerto.

Actor 1: ¿Quién se rió...?

Actor 6: ¿Quién fue...?

Actor 3: ¡Salgan de aquí! ¡A sus casas!

Actor 7: *(Con un grito violento)* ¡Vamos! ¡Fuera de aquí!

Actor 3: ¡Fuera!

(Todos los actores salen lentamente. Queda solo El Rufo mirando de frente al público. Sobre el fondo aparece la gigantesca imagen del cadáver de San Lucas. Han cesado los golpes sordos de timbal y emerge el tema musical del Rufo.)

Rufo: *(Hablando sin moverse)* Quizás no sea demasiado tarde para intentar algo...
pero aprender a odiar después de morir parece una tontería.

(La luz sobre El Rufo se extingue suavemente. Queda solo la deformada visión del cadáver del Cabo San Lucas que ahora empieza a desenfocarse. Las cortinas se cierran.)

Fin del Primer Acto

Segundo Acto

(Al abrirse las cortinas se ve a los tres funcionarios con los sombreros en el pecho en señal de duelo, alrededor del círculo luminoso concentrado que forma un cenital. Al fondo, la imagen gigantesca del cadáver del Cabo San Lucas, la misma con que terminaba el Primer Acto.)

El Notario: ¡Retiren el cadáver!

(Instantáneamente se apaga el proyector. Se encienden los focos que iluminan la zona de actuación—rodeada de penumbra—, y desaparece el cenital del presunto cadáver. Los funcionarios se ponen los sombreros y hablan directamente al público.)

El Notario: Éste es el segundo acto.

El Meteorólogo: El segundo acto de caridad que realizamos esta mañana.

El Topógrafo: Un buen topógrafo ahuyenta de los cadáveres a los grillos y las mariposas nocturnas.

El Meteorólogo: Un buen meteorólogo se cuelga únicamente de las veletas de los campanarios.

El Notario: *(Hacia el público)* Quizás no debiera decirlo, pero somos funcionarios insobornables que tenemos problemas mucho más graves que los del Rufo y esta gente.

El Meteorólogo: Las imposiciones...

El Topógrafo: Los quinquenios...

El Notario: Las horas extraordinarias.

El Meteorólogo: Los descuentos...

El Topógrafo: A pesar de todo, vamos a poner las cosas en orden para que ustedes se sientan seguros.

El Meteorólogo: No hay como el orden.

El Topógrafo: Y la seguridad.

El Notario: Segundo acto de caridad.

El Topógrafo: Segundo cadáver.

El Notario: Se trata del Cabo San Lucas, el ángel tutelar armado.

El Meteorólogo: Esperaron a que el río viniera preñado de barro dulce y animales sorprendidos.

El Notario: Cuando fui a reconocerlo, quise arrancarle una pequeña hoja de trébol que mordía entre los dientes. Sólo entonces descubrí que no tenía una hoja de trébol, sino que tenía la boca llena de hinojo y de cicuta.

El Meteorólogo: La primavera no respeta a nadie

El Notario: No. La primavera es menos cruel. Fue brutalmente ahogado con hierba para que no gritara.

El Topógrafo: ¡Qué paradoja! Emplearon con él métodos policiales.

El Notario: *(Hablando hacia afuera del escenario)* ¿Están ahí todavía?

Una voz: Sí.

El Notario: Entren y terminemos de una vez este trámite, queda poco tiempo.
(Todos los actores van entrando lentamente en la zona de penumbra. Se acomodan en grupos.)

El Notario: *(Hacia los actores)* Y bien... ¿está o no está?

Un Actor: ¿Quién...?

El Notario: El Cabo ése... el muerto. Tiene que dar sus datos. Estas cosas no se improvisan.

San Lucas: *(Desde la oscuridad)* ¿Qué quiere?

El Notario: Llenar los formularios y terminar de una vez.
(Entra el Cabo San Lucas en la parte iluminada. Habla serenamente. Casi en forma rutinaria. No hay patetismo ni en su figura ni en su voz. En un segundo plano, El Notario toma nota de los datos.)

San Lucas: *(Al notario)* Rafael San Lucas, 38 años, casado. Dos hijos. Natural de Cañete. Solo estudios primarios, luego, 12 años en el Servicio, primero como guardia rural y más tarde, trasladado a la ciudad. *(Como para sí.)* Ahora me quedaré para siempre detenido en los 38 años. Es una lástima, porque es muy importante la antigüedad en una hoja de servicios si se quiere ascender. Tan importante como la ambición y la dureza. Pero, a pesar mío, yo no era así. Después de interrogar y golpear a este pobre infeliz del Rufo, me descompose y tuve que vomitar en el canasto de los papeles.

El Notario: Gracias.
(San Lucas desaparece entre bambalinas.)

El Meteorólogo: Era impresionable.

El Topógrafo: Quizás un poco débil.

El Notario: Pero un hombre decente.

El Meteorólogo: Los periódicos de derecha dirán: "un mártir".
El Topógrafo: Los de izquierda: "un verdugo".
El Notario: Pero nosotros, que somos testigos veraces, podemos decirles en voz baja:
(*Bajando la voz.*) era solo un hombre que vomitaba en el canasto de los papeles.
El Topógrafo: Un funcionario, como nosotros.
El Meteorólogo: Un servidor público.
El Notario: Un amigo, quizás, sí lo hubiéramos conocido.
El Topógrafo: Un buen hombre, si se lo hubiéramos permitido.
El Meteorólogo: Acompañemos entonces su cuerpo hasta el cementerio.

(Los tres funcionarios van recorriendo juntos y con pasos cortitos el escenario en actitud de duelo, mientras hablan entre sí como los integrantes de un cortejo fúnebre. Muy bajo se escucha una marcha fúnebre. La falsa unción de estas ceremonias domina la escena.)

El Topógrafo: Descansará bajo estas suaves colinas fermentadas.
El Meteorólogo: Traspasado por el olor de la resina del ciprés y la retama.
El Notario: No somos nadie, en verdad no somos nadie.
El Topógrafo: El tiempo, amigos, el tiempo es como un barril agujereado que pierde el vino.
El Notario: Todo esto es penoso, pero natural. Me recuerda la primera vez que hice el amor.
El Meteorólogo: Cada uno lleva un animal agazapado.
El Topógrafo: Y no se puede acorralar a ese animal sin esperar que ataque.
El Notario: La sociedad no permanecerá indiferente.
El Meteorólogo: Si ha sido atacada...
El Notario: (*Duro*) ¡Se defenderá!

(Los tres han quedado juntos, en una línea, frente al público. Se adelanta el Comandante Blanco. Uniforme militar blanco. Condecoraciones.)

Comandante: Hoy enterramos aquí la honradez, el valor, el espíritu cívico. ¡San Lucas, en la tierra abonada en que te hemos plantado debe germinar la venganza y el castigo! Porque alguien que, como tú, ha caminado por la tierra con paso evangélico, no debe quedar sin justificación. ¡San Lucas, donde tú ponías el pie, no volvía a florecer la sonrisa! ¡Donde ponías la mano, dejabas la caricia en carne viva! Eras un hombre sin concesiones, sin

costuras, íntegro y rotundo como un huevo. Hasta hoy nuestro ojo paternal solo vigilaba, pero ahora nuestra mano hará sentir el frío del escalofrío. No estamos de duelo porque los vengadores no conocen el luto. ¡San Lucas, descansa en paz que nosotros desataremos la guerra en tu nombre!

(El Comandante Blanco retrocede unos pasos, se pone unos anteojos negros, para ocultar su emoción y se queda inmóvil y rígido. Uno a uno, los funcionarios desfilan frente a él y le estrechan la mano, mientras bajan la cabeza en señal de condolencia. Lo mismo hacen algunos actores. Los tres funcionarios conversan en voz baja en un extremo del escenario, mientras el Comandante Blanco retrocede a la penumbra. Cesa la música fúnebre.)

El Notario: Creo que se está exagerando nuestro papel en esta encuesta. Debiéramos irnos.

El Topógrafo: Nadie puede reprocharnos nada, ¿no...?

El Meteorólogo: Quizás nuestra única falta ha sido olvidarlo demasiado pronto.

El Topógrafo: ¿A quién?

El Meteorólogo: Al Rufo... y solo murió ayer.

El Notario: Y ya estamos empezando a olvidar al cabo San Lucas... y solo murió hoy.

El Topógrafo: Mañana cuando nos despertemos con un gusto amargo en la boca y nos miremos al espejo, ya no nos acordaremos de ninguno de los dos. Y está bien que así sea. Nadie quiere llevar este asunto más lejos.

El Notario: Y menos nosotros.

(Abel, adelantándose.)

Abel: ¡Yo sí!

El Notario: Curiosidad malsana.

(El Comandante Blanco se adelanta también.)

Comandante: ¡Y yo!

El Notario: Resentimiento peligroso.

(La Monja, desde atrás.)

La Monja: ¡Yo también!

El Notario: Morbosidad viciosa.

(Clemente desde el fondo.)

Clemente: Por supuesto, hay que seguir.

El Notario: Hubiéramos querido evitarles esto.

El Topógrafo: Hubiéramos querido apagar las luces, dejando una que otra estrella, y quitarnos el maquillaje.

El Meteorólogo: Hubiéramos querido irnos...

El Topógrafo: Pedirle lumbre al primero que pasara y volvernos a casa fumando un pitillo.

El Notario: ¡Pero ustedes lo han querido!

(Los tres funcionarios se colocan sus sombreros y salen rápidamente. Los actores retroceden a la penumbra hasta casi desaparecer. Se escucha una voz violenta fuera del escenario.)

Voz de San Lucas: ¡Entra de una vez al retén que te queremos ver la cara!

(El Rufo entra al escenario empujado violentamente por alguien y se queda en la penumbra. Entra el Cabo San Lucas. Se coloca bajo la luz. Otros dos carabineros observan desde la sombra.)

San Lucas: ¡Aquí, a la luz, que te vea! *(El Rufo se acerca temeroso a la luz.)* ¡Sácate los zapatos! *(El Rufo vacila. El Cabo San Lucas le da un bofetón. Rufo se los saca dificultosamente y se queda de pie, descalzo. Un silencio.)* ¡Quítate el cinturón! *(El Rufo se lo quita y se sostiene precariamente los pantalones con las manos. Un silencio.)* ¡Vacía los bolsillos! *(El Rufo saca sus insignificantes pertenencias y las deja en el suelo.)* ¡Sácate la chaqueta...! ¡Rápido, carajo...! *(El Rufo se la saca y la deja en el suelo. Tiene un estremecimiento. San Lucas le pasa un papel.)* ¡Toma! Escribe los nombres de todos los cabecillas políticos de este barrio de ladrones. *(El Rufo duda en tomar el papel. San Lucas, de un violento empujón lo hace arrodillar y le tira el papel.)* ¡Escribe! *(El Rufo empieza a escribir pero se detiene y se queda con el gesto en el aire y como absorto mirando el papel en el suelo.)*

Voz de Off del Rufo: "Puede que las cosas no hayan sido así... Puede que las esté soñando... Tal vez el resentimiento de todos estos años me hace imaginar cosas así... Los muertos no tienen memoria..." *(El Rufo no escribe y sigue absorto.)*

San Lucas: ¡Escribe, mierda, escribe! El lugar de las reuniones... dónde guardan la propaganda, todo... Hay que poner un poco de orden en esta cueva de anarquistas. Tú les metiste estas ideas en la cabeza. *(El Rufo intenta decir algo, pero el gesto y la palabra se le congelan en el aire. San Lucas le baja violentamente la cabeza y hasta que golpea en el suelo y se la mantiene allí sujeta mientras dice.)* ¡Piensa, viejo, piensa...! Piensa que estás perdido. Que eres un soplón y que todos lo saben. Que te han aislado y que terminarán matándote... Piensa que eres un cochino, un baboso soplón y escribe,

escribe para que te ayudemos... Somos lo único que te queda. Tú los juntaste a todos y ahora tú los tienes que dispersar.

(San Lucas le suelta la cabeza. Nuevamente el Rufo intenta escribir pero no puede. Se estremece y mira hacia los lados como animal acorralado.)

Voz of Off del Rufo: "Recuerdo que sentí frío de repente y ganas de orinar... Quizás entonces vi todo claro por primera vez... Sí, fue entonces. Me vi a mí mismo echado en el suelo como un animal, tal como me veo ahora y comprendí... solo entonces, comprendí..." *(San Lucas le da un empujón que lo termina de estirar en el suelo.)*

San Lucas: ¿Qué espera, profesor...? Esperas que te recuerde tu historia: abandono de la familia, robos, riñas callejeras, violación de una menor. Tienes muchos oficios, profesor: agitador político, monrero y ahora solo te queda el último, el que tú mismo has elegido: soplón. Lees mucho, profesor, y eres el único que sabe escribir de los de por aquí. ¡El único que sabe escribir los nombres de los demás en un sucio papel! Vamos... ¿qué esperas? *(Al Rufo se le ha caído el lápiz de la mano. Está como alelado. San Lucas lo coge del cuello y lo levanta violentamente. Le habla ferozmente y en la misma cara.)* ¡Sácate la ropa! Toda la ropa, ¿entiendes? Te vas a ese rincón completamente en cueros. Cuando quieras pedir algo o quieras llamarme, ladras... ¿entendido? Si no ladras no vendrá nadie. *(San Lucas lo lleva a un rincón. Sin salir del escenario. Allí El Rufo se desnuda. Está de espaldas al público y se queda muy encogido y completamente en cueros. Se empieza a escuchar muy suave el tema del Rufo.)*

Voz en Off del Rufo: "Ya no me importa el Cabo San Lucas ni nadie. Me encontraba tan solo como el primer hombre, si es que lo hubo alguna vez. En ese momento, en realidad, yo era el primer hombre. No hablo con rencor ni tampoco siento lástima de mí mismo. Ahora mismo me veo en ese rincón y no siento más que un terrible estupor... *(El Rufo desde su rincón y temblando, empieza a ladrar tímidamente y en forma insegura al comienzo y luego progresivamente con más intensidad hasta ladrar en forma desgarradora y patética. Todo esto debe producir en el público una sensación física de incomodidad y turbación. San Lucas se acerca a él.)*

San Lucas: ¿Necesita algo, profesor...? Quizás quiera escribir. A usted le gustaba escribir panfletos. Bien, nadie lo obliga a hacerlo, pero si lo pide voluntariamente...

(Le tira encima una especie de abrigo viejísimo del Ejército; de esos dados de baja que usan los locos o los mendigos. El Rufo se lo pone. Su figura es patética. San Lucas, en el otro extremo del escenario, deja caer al suelo deliberadamente, a sus propios pies, un papel y se queda inmóvil. El Rufo vacila, se estremece y luego de un largo silencio, se acerca lentamente. Está casi fascinado por el papel. Sus ojos fijos en él. Llega junto a San Lucas, se agacha lentamente hasta ponerse de rodillas a los pies del Cabo. Después de una última vacilación, coge febrilmente el papel y se pone a escribir en el suelo sobre el papel. Apagón breve. Una larga carcajada del Cabo San Lucas. Casi inmediatamente vuelven a encenderse las luces. El Rufo está frente a un grupo de siete u ocho personas entre las que se encuentra La Monja. Son pobres, habitantes del basural. Escuchan al Rufo en forma desconfiada. No hablan. El ruido del río turbulento.)

Rufo: No es que yo sea más que nadie. Soy un viejo no más, y, a veces, hablo más de la cuenta. No tengo más ni menos piojos que cualquiera de ustedes... ¿Por qué me miran así cuando hablo...? No les tengo miedo. ¡Ni a ustedes ni a ningún cabrón policía! Cuando se es viejo, uno no le tiene miedo más que al frío y a los golpes... Sobre todo al frío. Cuando se está entumido ya no se piensa en nadie. Hemos vivido como ratas todo el tiempo. Mordiéndonos, robándonos la basura unos a otros... Yo les he hablado antes de todo esto. Nos hemos estado arriesgando y organizando para nada. *(Uno de los hombres escupe en el suelo y sale andando con indiferencia y desgano.)* Esa es la mejor manera de hundirnos. No necesitan perseguirnos y explotarnos. Nosotros mismos nos encargamos de pisotearnos unos a otros hasta reventar. ¡Tenemos que levantarnos de una vez! *(Otro de los hombres escupe con desgano y sale.)* Vengo de la comisaría. Me han tenido allí casi toda la noche. Comprendí por fin que todo dependía de nosotros mismos. Me dejaron en cueros en el calabozo... Yo... Yo no tuve más remedio que... *(Dos de los hombres se van. Uno de ellos escupe en el suelo antes de salir.)*

Rufo: Sé lo que pueden hacer. Conozco muy bien sus trampas... Lo he pensado. Me he preparado para este momento. No me atrevía, pero ahora sí, estoy seguro... ¡se debe violentar la justicia! *(Sale otro hombre. Escupe en el suelo.)* Pero antes, ustedes deben saber algo. Tengo que

confesarles que esta noche en la comisaría... Yo... me obligaron... me dieron un papel... amigos, yo...

(El último hombre que queda se acerca lentamente al Rufo y le lanza un ruidoso escupitajo en plena cara. El Rufo no se vuelve ni se limpia. El hombre sale. Queda sola La Monja frente al Rufo.)

Rufo: Amigos... yo... ¡yo soy un soplón!

(Un largo silencio. La Monja y El Rufo, inmóviles.)

La Monja: Hay que salir de aquí.

Rufo: *(Lejano)* Salir...

La Monja: No debiste hablar así.

Rufo: No.

La Monja: ¿Qué te pasa...? ¡Límpiate la cara!

(Solo ahora El Rufo se limpia la cara mecánicamente y con la mirada perdida.)

Rufo: No entiendo.

La Monja: No hay nada que entender. Este amasijo no lo entiende ni Dios.

Rufo: Es inútil.

La Monja: En cualquier parte será igual... ¡pero estaremos vivos!

Rufo: ¿Estamos vivos...?

La Monja: Buscaré otro sitio.

Rufo: Otra playa de desperdicios a donde lleguen a morir los miserables... otro cementerio de elefantes.

La Monja: Piensas mucho las cosas, Rufo. No me gusta la gente resignada. Yo sola no voy a cambiar nada, pero por lo menos quiero gritar cuando se me antoja.

(El Juanelo se acerca a ellos. Parece excitado.)

Juanelo: ¡Han empezado a cercar todo el basural con alambres de púas!

La Monja: Encierran el ganado.

Rufo: Hemos vivido como animales y ahora resulta además que somos culpables.

La Monja: ¡Claro que somos culpables! La gente como nosotros tiene una tremenda culpa: nos reproducimos.

(Cesa el ruido del río. El Comandante Blanco y Clemente se han adelantado hasta formar otro pequeño grupo en el otro extremo del escenario. El diálogo se alterna ligándose en forma curiosa, mientras la luz crece sobre el grupo que habla y decrece sobre el grupo que enmudece.)

Comandante: ¿Dice usted, don Clemente, que se reproducen? *(Se ríe.)* Bueno, me parece normal, ¿no?

Clemente: No tanto, si se considera que por cada hijo que tiene uno, nacen veinte de ellos. Recuerde que no tienen el sentido de la responsabilidad.

Comandante: Quizás usted exagera.

Clemente: Lo que antes era solo escoria periférica, hoy es un fuerte anillo peligroso en torno a la ciudad.

Comandante: Yo solo he visto viejos epilépticos y niños raquíticos.

Clemente: *(Sonriendo irónicamente)* Sí, mi Comandante Blanco, seguramente uno de esos pobres niños raquíticos mató de un tiro al Cabo San Lucas.

Comandante: *(Seco)* ¿Qué quiere decir? ¿Quién cree que mató al Cabo?
(La luz decrece su intensidad. Se ilumina el otro grupo.)

Rufo: ¿Quién mató al Cabo San Lucas?

La Monja: ¿Y quién te mató a ti, Rufo?

Rufo: Es distinto.

La Monja: Es lo mismo.

Rufo: No creo que fuera nadie del basural el que le disparó a San Lucas.

La Monja: Ningún infeliz de éstos tiene un revólver; ya lo habrían vendido o empeñado.

Juanelo: *(Reconcentrado)* Cada uno de nosotros tiene algo en la conciencia. Yo maté hace cinco años a uno, pero lo hice de frente, peleando a cuchillo.
(La luz en el otro grupo.)

Comandante: Ya sé que todos esos infelices tienen alguna muerte en la conciencia, pero el Cabo San Lucas tenía también enemigos en otras partes.

Clemente: Tengo pruebas, Comandante, de que liquidaron al Cabo como venganza por la muerte del Rufo.

Comandante: ¿Pruebas...?

Clemente: Más que pruebas, un testigo.

Comandante: ¿Quién?

Clemente: El Juanelo, ese mendigo que vive con ellos. Puede jurarlo.

Comandante: *(Con voz sorda llena de odio)* ¡Ratas cobardes!

Clemente: Y así irán cayendo otros carabineros, Comandante. Es inevitable.

Comandante: ¡Por supuesto que es evitable...! ¡Y ya verán en qué forma!

Clemente: Sí. Tiene que hacer algo, Comandante.

(La luz en el otro grupo.)

La Monja: Tenemos que hacer algo, Rufo.

Rufo: Yo ya no cuento para nada. Tú ya lo has visto.

La Monja: Están el Juanelo y los otros.

Rufo: ¿Hacer qué...?

La Monja: Primero, que todos estos pobres diablos entiendan que corren peligro, y luego, que se dispongan a defenderse.

Rufo: ¿Defenderse...? Es difícil. Son más fuertes. Tienen a Dios de su lado. Son los justos.

La Monja: Alguien me escuchará. Terminarán por creerme.

Rufo: ¿A ti...? A Isabel, "La Monja".

La Monja: Es cierto, soy una ramera. Las rameras siempre mienten.

(Después de un silencio.)

Juanelo: A lo mejor yo puedo hacer algo.

(La luz en el otro grupo.)

Comandante: ¿Dice usted que el Juanelo está de nuestra parte?

Clemente: Sí.

Comandante: Entonces el mismo Juanelo puede hacer algo.

Clemente: ¿Hacer qué...?

Comandante: Reunir a los responsables, a los comprometidos políticamente. Tenemos ya una lista de los elementos peligrosos. Son pocos, pero activos. Puede prometerles cualquier cosa. Será fácil sorprenderlos. Tienen el río por un lado y la alambrada por el otro.

Clemente: *(Amedrentado)* Recomiende prudencia a sus hombres, Comandante. Escarmiento no es lo mismo que exterminio. Yo solo he querido ayudar a las autoridades, pero, naturalmente, no quiero tener ninguna responsabilidad en lo que pueda suceder, sobre todo si hay violencia.

Comandante: Comprendo y se lo agradezco.

Clemente: Era mi obligación. No podía guardar silencio.

(Una luz en el otro grupo.)

La Monja: ¡No podemos quedarnos callados! Sería una cobardía.

Juanelo: ¿Hablar... pero con quién?

Rufo: ... Hablar...Cobardía... Palabras, Isabel, palabras nada más... Yo te puedo decir qué pasa cuando se está viejo, desnudo y tan solo como un muerto.

Juanelo: Contigo no se puede contar.

Rufo: ¿Es que se puede contar con alguien?

La Monja: Por ejemplo, con Abel, el periodista.

Juanelo: Ése está siempre del sol que más calienta.

La Monja: Aunque no sea más que para hacer noticia, puede ayudarnos.

Rufo: Hará una crónica humorística de los bajos fondos.

La Monja: No hará eso. Se trata de una cuestión de vida o muerte.

(La luz en el otro grupo.)

Comandante: Al fin y al cabo se trata de una cuestión de vida o muerte. Le explicaré todo al Gobernador.

Clemente: Se sonreirá.

Comandante: No hará eso.

Clemente: Si se tratara de la vida de él...

Comandante: También se trata de él. Un Estado que tiene esta plaga encima es una vergüenza. Él mismo corre el peligro de ser exonerado de su cargo por esto. Subversión política, corrupción y ahora crimen organizado. Solo hay una solución: una redada a fondo. El Gobernador lo aprobará. Tiene una carrera limpia e intachable.

Clemente: Yo tengo seis hijos, Comandante. Eso es una gran responsabilidad. Muy a pesar mío he venido a hablarle de este asunto. Era mi obligación.

(La luz en el otro grupo.)

Rufo: Hablaré con Abel.

Juanelo: Como quieran. Era mi obligación advertirles que ese hombre es un chantajista.

(En el lado izquierdo, El Rufo se vuelve hacia el público. Lo mismo hace el Comandante Blanco en el lado derecho. La Monja, El Juanelo y El Clemente han vuelto a la penumbra.)

Comandante: *(Al público)* Hable con el Gobernador. Me dijo que nos ayudaría.

(Ambos, saliendo de la zona de actuación, retroceden a la penumbra. Ahora Abel se levanta y le habla a un actor que está sentado en la sombra. Aislado y a un costado. Durante toda la primera parte del diálogo no saldrá de la penumbra.)

Abel: ¿Señor Gobernador...?

Gobernador: Sí.

Abel: Usted no me conoce, por supuesto. Soy Abelardo Linares, periodista y redactor de prensa de don Clemente Serrano.

Gobernador: *(Indiferente)* Ah.

Abel: Usted habrá hablado ya con él, supongo.

Gobernador: *(Fríamente)* No.

Abel: Se trata del basural de San Lázaro... Habrá oído que... *(Vacila.)*

Gobernador: No he oído nada.

Abel: Bueno, han ocurrido algunos hechos un poco extraños y yo he pensado...

Gobernador: *(Interrumpiendo fríamente)* ¿Qué quiere, Linares?

Abel: Que conozcan la verdad.

Gobernador: La conozco. *(Con ironía.)* Además, suelo leer sus crónicas en los periódicos.

Abel: No puedo escribir sobre muchas cosas.

Gobernador: ¿Sobre qué, por ejemplo?

Abel: Sobre la muerte del Rufo.

Gobernador: ¿El Rufo? ¿Quién es?

Abel: Ni tampoco sobre lo que se está preparando.

Gobernador: Ignoro que se esté preparando nada.

Abel: Una gran redada.

Gobernador: Ah, eso... una redada de delincuentes, traficantes, ladrones y prostitutas.

Abel: Una redada de hombres.

Gobernador: Un trabajo de rutina.

Abel: Terminarán con ellos.

Gobernador: Terminarán con la miseria, el abandono y la corrupción. ¿Esas son todas sus "revelaciones"...?

Abel: *(Levantando la voz)* ¿No comprende, señor Gobernador, que se planea una injusticia?

Gobernador: Fantasías tuyas, Linares.

Abel: No son fantasía los planes de don Clemente Serrano.

Gobernador: Los conozco y los apruebo. Construirá en el basural un barrio residencial modelo.

Abel: Señor Gobernador, ¿conoce las medidas que tomará la policía?

Gobernador: Deberían haberse tomado mucho antes.

Abel: *(Perdiendo el tono de subordinado)* Bien. Entonces usted será cómplice de un acto de inhumanidad. Va a permitir que se desate la violencia. Lo único que me queda por hacer es informar ampliamente de esta situación. Todavía tengo acceso a ciertos periódicos independientes. Buenas noches. *(Abel va a salir, pero El Gobernador detiene al periodista con una palabra. El Gobernador sale ahora de la sombra a la zona iluminada de actuación.)*

Gobernador: Espere. *(Abel se detiene, pero le sigue dando la espalda.)* Yo creo que lo que a usted le preocupa no pasan de ser conjeturas. Ha habido, quizás, un mal entendido en todo esto.

Abel: Son hechos. Han muerto ya dos hombres, han desaparecido muchos antes que ellos y esta noche puede que desaparezcan más.

Gobernador: Habla como si se planeara un exterminio. Eso es un delirio, Linares. Vivimos en un país civilizado y democrático, no en ningún régimen de terror. Me han pedido autorización simplemente para un control más estricto de una gran zona maleda y peligrosa. Me interesa personalmente que usted se informe con toda libertad de lo que ocurre. Ésos son mis principios. Más aún, desearía pedirle como un servicio especial que redacte un informe completo sobre este asunto y haga llegar mi promesa de ayuda a todos los damnificados, si es que hay damnificados.

Abel: *(Después de un silencio)* En ese caso, y ya que el ofrecimiento parte de usted, pondré ciertas condiciones. *(Un silencio tenso. En este momento del diálogo, ambos se vuelven hacia el público y justifican su conducta. La luz cambia ligeramente.)*

Gobernador: Ustedes lo han oído. Me hizo chantaje. Es un oportunista.

Abel: Ustedes son testigos. El miserable quiso sobornarme.

Gobernador: Solo porque tenía unas declaraciones de mendigo que, según él, me comprometían.

Abel: Le pedí que impidiera al Comandante Blanco realizar sus planes. Ésas fueron las condiciones que impuse.

Gobernador: Fue detenido por intento de chantaje. Vivía de asuntos como éste.

Abel: No he sido un santo, desde luego; pero esto es otra cosa. Esto era realmente grave. Me ofreció un cargo remunerado. Lo rechacé indignado. Entonces llamó a la policía.

Gobernador: Me negué a aceptar sus proposiciones. Se violentó y me amenazó físicamente. Entonces llamé a la policía.

(El Gobernador retrocede y vuelve a la sombra. Abel se adelanta un paso hacia el público como abrumado por un gran peso. Los hombros caídos.)

Abel: Todos somos culpables. Yo también. Pero cuando uno quiere empezar a gritar, ya es demasiado tarde y se encuentra encerrado en una campana de vacío.

Una voz: *(Duramente)* ¡Abelardo Linares!

Abel: Soy yo... Ahora voy.

(Abel se vuelve y entra en la sombra con paso cansino y aspecto derrotado. Se proyecta la imagen de una alambrada. Debe dar la idea de campo de concentración. La Teo y El Juanelo conversan en primer plano, teniendo en el fondo la proyección.)

Teo: ¿Y por qué esta noche, Juanelo?

Juanelo: Es lo único que podemos hacer.

Teo: ¿Lo saben los demás?

Juanelo: Algunos.

Teo: ¿Qué dicen?

Juanelo: Aceptan.

Teo: ¿Quiénes son?

Juanelo: Todos los del comité, además del papelero y la mujer, el cabro Celis, la Monja, el Quebracho y varios más.

Teo: Enseguida se echarán para atrás.

Juanelo: No. Esta vez no.

Teo: Nunca te he creído nada, Juanelo.

Juanelo: Lo sé.

Teo: *(Después de un momento)* ¿Qué tierras son esas?

Juanelo: Al otro lado de la línea del tren.

Teo: ¿Están desocupadas?

Juanelo: Sí.

Teo: ¿Por qué?

Juanelo: Van a levantar una fábrica por ahí.

Teo: ¿Y qué?

Juanelo: Es un descampado que no vigilan. Podemos dejarnos caer sin que se enteren.

Teo: ¿Y los pacos?

Juanelo: El retén queda lejos.

Teo: ¿Cómo nos arrancharemos?

Juanelo: Con latas, piedras y cartones. Con lo que sea.

Teo: ¿Y cuando vengan a echarnos?

Juanelo: Defendemos.

Teo: ¿Piedras contra balas?

Juanelo: No se atreverán.

Teo: Otras veces se han atrevido.

Juanelo: También otras veces se han ocupado terrenos baldíos.

Teo: Bah... otros.

Juanelo: Sí. Otros lo han hecho.

Teo: Otros con menos cansancio y piojos.

Juanelo: ¿Y por qué nosotros?

Teo: No nos has mirado bien.

Juanelo: ¿Qué quieres decir?

Teo: Viejos y mujeres embarazadas... ¡buen ejército de ocupación es éste!

Juanelo: Gente pobre, no más. No es para tanto.

Teo: Más que pobres. Gente que muchas veces no tenemos ni qué cagar.

Juanelo: (*Impaciente*) El número es lo que importa. Deben estar todos... ¿de acuerdo?

Teo: No sé.

Juanelo: Tenemos que estar juntos ahora. Es la única forma en que puede resultar.

Teo: (*Ausente*) Si hubiéramos estado juntos...

Juanelo: Esta noche a la diez saldremos del basural por el río. El otro lado está cercado.

Teo: (*Siguiendo su idea*)... Pero uno nunca sabe.

Juanelo: ¿Qué...?

Teo: Nada.

Juanelo: ¿Estarás?

Teo: Estaré.

Juanelo: Hasta luego, entonces. *(El Juanelo inicia el mutis.)*

Teo: *(Deteniéndose)* Juanelo...

Juanelo: El Rufo se cayó al río borracho.

Teo: *(Como si no lo hubiera oído)* ¿Sabes quién lo mató?

Juanelo: No.

Teo: *(Después de una pausa breve y mirándolo con fijeza)* Yo Sí. *(El Juanelo sale. La Teo queda un momento mirando el vacío. Se escuchan unos ladridos seguidos de dos balazos. En la pantalla la imagen del rostro del cadáver del Rufo con los ojos abiertos. Aparece silenciosamente El Rufo detrás de ella. La Teo no se da vuelta. Parece que presintiera que es El Rufo el que está detrás de ella. Una ternura casi indefinible flota en el aire. Se escucha el tema musical del Rufo. Después de un largo silencio.)*

Teo: *(Sin darle vueltas)* Rufo, yo sé quién te mató y por qué.

Rufo: *(Casi con dulzura y hablando detrás de ella)* Yo lo sabía todo el tiempo, Teo.

Teo: *(Sin volverse)* ¿Lo sabías antes de morir?

Rufo: Sí, Teo.

Teo: No me dijiste nada.

Rufo: No me habrías creído.

Teo: Quién sabe.

Rufo: Estabas harta de mí y con razón. Era un viejo borracho que andaba enredado con la policía.

Teo: Yo estaba asustada. Cuando me asusto me pongo a gritarle a la gente. Por eso te eché.

Rufo: A mí me pasa, también. Solo que yo empiezo a tomar y a buscar a alguien más débil para insultarlo. *(Un silencio.)*

Teo: Nunca antes hablamos de estas cosas.

Rufo: No, Teo.

Teo: Ahora es demasiado tarde, ¿no es cierto?

Rufo: No lo sé, Teo.

Teo: Es que hemos estado siempre escapando. Apenas había tiempo para odiarse.

Rufo: No hables así. Tú vives todavía.

Teo: Mi padre era un viejo sucio al que yo odiaba. Juré escaparme tan lejos que me olvidara hasta del dolor de la gente como él. Fue inútil. Después de huir toda la vida, terminé viviendo en un basural con un viejo igual que él. Y ese viejo eres tú, Rufo.

Rufo: Cosas que pasan. Muchas veces le pegué a las mujeres para que me dieran dinero. Pero la otra noche lloré pidiéndote que no me echaras afuera.

Teo: Gracias, Rufo. Eras un buen hombre.

Rufo: Gracias, Teo. Eras una buena mujer.

(La Teo va hacia un lado disponiéndose a salir)

Teo: *(Sin mirar al Rufo)* ¿Voy a morir esta noche junto con los otros, Rufo?

Rufo: Sí, Teo.

Teo: ¿No hay nada que se pueda hacer?

Rufo: No.

Teo: ¿Estás seguro?

Rufo: Lo que se pueda hacer lo harán otros después de nosotros.

Teo: Y, sin embargo, no quisiera morir.

(Cesa la música del Rufo. Se apaga el proyector. La Teo, antes de salir, como movida por una última esperanza, se vuelve hacia los actores que rodean la zona de actuación y que están en la penumbra. Cuando se acerca a cada uno de ellos pidiendo ayuda, se vuelven de espaldas uno a uno hasta quedar todos de espaldas al público.)

Teo: *(Hablándoles en un tono de súplica humilde)* ¡Señor Linares...! *(El periodista le da la espalda.)* ¡Don Clemente...! *(Clemente le da la espalda.)* ¡Comandante! *(El Comandante le da la espalda.)* ¡Juanelo...! *(El Juanelo le da la espalda.)* ¡Señor Gobernador...! *(El Gobernador le da la espalda.)* ¡Amigos...! *(El resto de los actores le da la espalda. Ahora se dirige hacia el público con un gesto desolado final. Suplicando hacia la platea.)* ¡Señores...! *(Un gran silencio. El tenso clima de desolación es roto por la brusca y agitada entrada del Juanelo a la zona iluminada y el ruido del río amenazador.)*

Juanelo: ¡Vamos, Teo, apúrate...! Todo está preparado. Nos hemos reunido en la orilla. ¡Empezaremos a vivir como seres humanos!

(La Teo no dice nada. Ambos salen. El espacio de actuación iluminado queda vacío. Todo el reparto está de espaldas. Silencio absoluto. De pronto un grito sofocado de un hombre. Una especie de estertor. Como si ésa hubiera sido la señal, se apagan las luces de la zona de actuación. Se empieza a proyectar sobre todo el fondo una secuencia filmada. Esta secuencia filmada va acompañada de una

banda de sonido ojalá incorporada al film de ruidos, gritos, disparos y ruidos mecánicos y como fondo las aguas del río. Se mostrará en esta secuencia un montaje de imágenes no descriptivas ni necesariamente con los actores reconocibles. Fugaces rostros que pasan espantados. Oscuridad; manos: muchos pies que huyen, armas de fuego, grupos compactos de personas mostrados en forma confusa. Tanto las imágenes como la progresión conseguida deben asociarse con el horror y la violencia progresivamente intensos. Se puede combinar la proyección filmica con los actores en el escenario moviéndose confusamente y recortándose contra la proyección y recibiendo ellos mismos fragmentos de la proyección en sus cuerpos. Algunos spots del escenario lanzan de pronto chispazos como flash. Todo este conjunto violento, confuso y sordo llega a un crescendo final y se detiene de pronto. Todos inmóviles. Se apaga el proyector. Silencio absoluto. Se ilumina nuevamente la zona de actuación, entran los tres funcionarios y se quedan inmóviles, hablando desde diferentes posiciones.

El Rufo en el otro extremo, apenas iluminado, llevará una especie de contrapunto con el coro de los funcionarios.

La voz de los funcionarios es natural, incluso rutinaria. La del Rufo es sorda y reconcentrada.)

El Notario: Medianoche.
El Meteorólogo: Cielo cubierto.
El Topógrafo: Silencio.
Rufo: Terminó la gran redada.
El Notario: No han quedado testigos.
El Topógrafo: Ni rastros.
El Meteorólogo: Ni culpables.
Rufo: En la oscuridad apenas se defendieron.
El Notario: Solo el ruido del agua.
El Meteorólogo: Y la carrera viscosa.
El Topógrafo: De los ratones de alcantarilla.
Rufo: Los acorralaron, los golpearon, los echaron al agua.
El Notario: Alguien vuelve tarde a su casa.
El Meteorólogo: Cantando borracho.
El Topógrafo: Y busca con la llave el ojo de la cerradura.
Rufo: Nadie vio nada. Treinta mendigos desaparecidos. Treinta muertos.
El Notario: Alguien se despierta en la noche.
El Meteorólogo: Y siente el terror en el vientre.
El Topógrafo: Sin saber por qué.
Rufo: En el río la agonía fue sorda y rápida. Viejos cansados y mujeres de vientres hinchados... Muertos.

El Notario: Empieza a amanecer.

El Topógrafo: La noche.

El Meteorólogo: Ha terminado por completo.

Rufo: Algún sobreviviente se arrastró por la orilla, pero fue tirado nuevamente al agua.

El Notario: Se oyeron los primeros ruidos de la ciudad: lecheros, tranvías...

El Topógrafo: Un carnicero se pone el delantal y cuelga los grandes trozos de carne sangrante.

El Meteorólogo: Un cartero sale de un portal ya con las manos vacías.

El Notario: El primer humo del café... las primeras señales de vida sobre los techos.

Rufo: *(Ronco)* Todos muertos.

El Notario: Son las diez de la noche del 15 de junio de 1961. El cielo está cubierto con nubes bajas e inestables, pero nuestro sistema solar se desplaza invariable hacia la constelación de Hércules.

El Topógrafo: No hay cambios apreciables en la corteza terrestre.

El Meteorólogo: A pesar de que el solsticio hace retroceder la savia en las ramas, no hay síntomas de nada extraordinario.

Rufo: *(Ronco)* Muertos.

Los tres funcionarios: *(Levantando una mano)* ¡Damos fe de todo esto! ¡Lo juramos!
(Los tres funcionarios se quedan en el lugar desde el que han hablado. El Rufo se mueve ahora hacia el resto del reparto en la penumbra y llama.)

Rufo: ¡Don Clemente!

(Clemente le contesta sin salir de la penumbra.)

Clemente: ¿Qué quieres...?

Rufo: Preguntar algo más.

Clemente: Ya se ha dicho todo.

Rufo: No todo.

Clemente: Incluso demasiado.

Rufo: No todo.

Clemente: Uno termina por olvidar los detalles.

Rufo: No se ha dicho todo.

Clemente: Casi todo.

Rufo: ¿Quién mató al Cabo San Lucas?

Clemente: Ya todos lo saben.
Rufo: ¿Quién?
Clemente: Uno de esos mendigos.
Rufo: ¿La acusación partió de usted?
Clemente: No sé de quién partió.
Rufo: Sí, partió de usted.
Clemente: Es posible.
Rufo: Mintió.
Clemente: No.
Rufo: ¡Mintió!
Clemente: ¡Basta!
Rufo: Quiso provocar una revancha en la policía... Y lo consiguió.
Clemente: Había que hacer algo.
Rufo: Sí, había que hacer algo... y se hizo.

(El Rufo toma a Clemente de las solapas.)

Clemente: *(Asustado)* ¡Suéltame!
Rufo: ¿Quién mató al Cabo San Lucas?
Clemente: No sé.
Rufo: *(Remeciéndolo)* ¡Fuiste tú, bestia!
Clemente: *(Tomándolo por el cuello)* ¡Asesino! *(Clemente se defiende. Escena violenta. De un golpe en la nuca, Clemente derriba al Rufo y luego lo estrangula hasta dejarlo exánime. Se dirige al Rufo, jadeando aún y con voz rencorosa.)* Sé que ya habías muerto... ¡pero te mataría otra vez si fuera necesario! *(Arrastra el cuerpo con dificultad hasta el mismo lugar en que estaba al empezar la obra. El desarticulado cuerpo se adapta al dibujo con tiza. Clemente recompone un poco su aspecto y dice hacia el público con dignidad y bondadosa serenidad.)* Lo siento... Yo también odio la violencia.

(Clemente sale. Algún actor despierta al Cura que ha dormido toda la obra. Lo remece. El Cura despierta un poco sobresaltado.)

Un Actor: Padre, despierte... hay un cadáver.

El cura: Ah... ¡Oh, sí...!

(El Cura se acerca al Rufo tirado en el suelo, se arrodilla un momento, lo bendice, como dándole la bendición post mortem. Luego se pone de pie y se vuelve a sentar, empezando a cabecear nuevamente. Irrumpe una

juguetona musiquilla de organillo. Los tres funcionarios pierden su inmovilidad y se desplazan hablando con brillantez y jovialidad.)

El Notario: Amigos, ayer se terminaron los últimos edificios y se inauguró un parvulario.

El Meteorólogo: Se cortó el césped y se podaron los ligustros.

El Topógrafo: Este barrio residencial modelo se llama ahora "Ciudad Parque San Lázaro".

El Notario: Hay todavía algunos vecinos, no muchos, que recuerdan que antes todo esto era un basural.

El Topógrafo: Era inevitable. El paisaje cambia, y Con el paisaje, la gente.

El Meteorólogo: El aire trae solo el ruido de las hojas de los abedules. El miedo ha desaparecido.

Clemente: *(Adelantándose)* En todo el país hay planes semejantes. Se trata simplemente de una cuestión de planificación a alto nivel.

Comandante: *(Adelantándose)* Solo quiero agregar que dentro de poco tiempo habremos conseguido que desaparezcan completamente de este país la promiscuidad, la miseria y la injusticia. Nadie negará que hemos hecho todo lo que está a nuestro alcance para lograrlo.

(Se proyecta la imagen entre surrealista y patética de un desnudo desarticulado. Fotografía tomada desde muy cerca hasta el punto que los volúmenes del cuerpo forman desconcertantes clarososcuros abstractos.)

El Notario: Son las 6 de la mañana del 16 de julio de 1961. Leo abre sus fauces hacia los fríos de agosto, pero el río ya no viene crecido.

El Meteorólogo: Corre dentro de su cauce normal, pero va preñado de cuerpos verdes como los mimbres del litoral.

El Topógrafo: Viajan dormidos hacia el mar, más allá del último horizonte.

El Notario: ¿Y El Rufo?

El Topógrafo: ¿Quién era El Rufo?

(El Notario señala con un gesto el cuerpo caído del Rufo. El Meteorólogo se acerca al cadáver.)

El Meteorólogo: Es muy posible que de no terminar en la forma en que terminó, hubiera muerto muy pronto de muerte natural a consecuencia del mal estado general de su organismo. Lo dice el informe del forense.

El Topógrafo: Lo único inquietante, quizás, es que el cadáver tenga los ojos abiertos.

El Meteorólogo: Cuando lo natural sería tenerlos cerrados.

El Notario: Aunque nuestro deber era solo reconocer la topografía de un desnudo...

El Topógrafo: Hemos testificado, comprobado, medido, analizado y auscultado los hechos...

El Meteorólogo: *(Hacia el público de la platea)... ¡pero casi sabemos tan poco como ustedes! (La pantalla de proyecciones se ha apagado. Las luces han decrecido en intensidad hasta volver a la luz fija de amanecida de la primera escena de la obra. El cuerpo del Rufo empieza a recibir una luz cenital en resistencia. Se escuchan unos ladridos, y luego el tema musical del Rufo. Ahora solo se ve el cuerpo del Rufo en el suelo y la música acompañando su soledad. Ahora luz y música se extinguen lentamente. Las cortinas se cierran lentamente.)*

Telón

Topografía de un desnudo fue escrita en 1966 y estrenada por primera vez en La Habana el mismo año. Según su autor, "está basada en un suceso real ocurrido en Brasil en la década del 60 y del cual los periódicos informaron en su oportunidad. Es un testimonio libremente concebido que no pretende reproducir rigurosamente los personajes ni los detalles de lo ocurrido, pero los hechos podrían suceder en cualquier país donde se encuentre injusticia, represión y violencia".

En la obra, la aparición del cadáver de un indigente motiva una serie de especulaciones sobre el probable homicidio y lo que esto puede generar, lo cual deviene en acontecimientos donde se ven involucrados varios de los personajes del submundo urbano y algunos policías, jueces y fiscales, provocando situaciones que, por absurdas, se vuelven sátira y sarcasmo de la realidad. Un crimen contado por todos sus protagonistas desde sus puntos de vista encontrados; unos protagonistas que se mueven entre la vida y la muerte a sus anchas a través de una dislocación del espacio y la memoria. Con matices de humor e ironía, la obra satiriza nuestra identidad como sociedad latinoamericana.



LIBROS DEL
CIUDADANO

PELIGRO
LA FOTOCOPIA
MATA AL LIBRO

